

REMOVEDOR

REVISTA DEL TALLER TORRES GARCIA - ABAYUBA 2781 - UTE 23421 MONTEVIDEO



EL MAESTRO Y LOS DISCIPULOS DEL «TALLER TORRES-GARCIA»

N.º 18

JUNIO-JULIO-AGOSTO-1947

Organo redactado y editado
exclusivamente por integrantes del

TALLER TORRES - GARCIA

0.10

EL EJEMPLAR

¡NO SEAN MAJADEROS!...

Si, lo son; porque ya apuran la paciencia dándole al mismo sofoco; pretendiendo probar lo que no se sostiene. Y no vale argumentar con ellos; pues es perder el tiempo, ya que no están dispuestos a dejarse convencer.

Uno entra en la liza, creyendo que se va a discutir de arte, y luego al fin se da cuenta de que no se trata de eso: es cuestión más mezquina; cuestión de dinero, o de algo equivalente; cuestión de acomodo, o de prestigio que redunde en lo mismo.

Bien: ¿quién son ellos? Si se exceptúa el don de la palabra, para urdir discursos vanos, plagados de lugares comunes, pero cuajados de pedrería barata; y luego la traza para armar artificialmente falsas teorías, con que aturdir al adversario, simulando un saber que no tienen, pues todo es prestado; y además, si se quiere pasar por alto la estrategia, la astucia y mala fe —ya que carecen de solvencia moral; si se hace caso omiso de todo eso negativo, ¿que queda en ellos de positivo y bueno? Pues nada, el vacío.

Pero tales sujetos están siempre en primera línea —pues la adulación y la mentira han hecho su oficio— y no dejan pasar a los que tienen derecho, y que así tienen que quedar anulados.

Pero ¿majadería a que aquí se alude, no está en todo eso; está, y pese a todo, en que siempre salen con la misma música cnojosa; pues es su única luz, y lo demás son tinieblas; y lo pasado y lo presente, y salvo esa isla, no cuenta para ellos: Grecia, el Renacimiento.

Así los forjaron a todos, y en tal suerte así quedarán para siempre.

¿Pero, qué Grecia y qué Renacimiento! Lo que vieron en los libros de texto, en letra y en estampa; algo oficializado, y que por ser tal es detestable; el *naturalismo estilizado* de griegos y renacentistas; pues en el fondo siempre es eso lo que adoran. Y esto para esa gente, es el equilibrio griego: no lo abstracto, sino lo aparente; no lo estético puro, sino lo humano real; no lo plástico, sino lo literario. Y así prefieren de todo, la anécdota y lo imitativo, y detestan la abstracción y el ritmo; prefieren el simple natural, a la estructura y la proporción; elementos abstractos que son el fundamento del arte. Pero ellos también dirán cosas así, pero es pura palabrería; santa palabrería que da plata.

Cansan, sí, esos, por tanta simulación y embuste. Estamos frente a hombres disfrazados, pues aparentan lo que no son. Y, cual es su fe y su creencia, en vano se buscaría. Pintor falso, arquitecto falso, crítico de arte falso, poeta

o músico falso; pues sabemos que detrás hay otra cosa. Y esa, sería la que son en realidad. Pero eso, peor es menearlo.

Están en su castillo greco renacentista: nada, pues, de cuanto se diga, para probar que lo blanco es blanco y lo negro es negro, valdrá. Y aquí uno piensa: ¿es ignorancia, estrechez de mente o...? hay eso, sí, pero ante todo, está lo que antes dijimos: puro interés personal; por esto no hay enigma que descifrar.

Por tales razones, ningún artista de buena fe deberá discutir con esos, pero, en cambio, hay que decir a las gentes, lo que son; y también

REMOVEDOR

Redactor Responsable

AÑO 3

N.º 18

GUIDO CASTILLO

protestar por lo que dicen y hacen; y sean cuadros o poesías, sean estatuas o músicas.

Esos majaderos ya nos pudren, como diría Cervantes; nos pudren y nos repudren; porque como lo inerte, como lo muerto, se están firmes en su roca, sin ceder un ápice. Se están todos allí, en un bloque apretado. Pero, ¿que no ven que estorban? Eso queremos, dirán: somos los guardianes del tesoro. Y es cierto.

A todos esos majaderos se les ha dicho cien veces: nadies va a negar genialidad a los colosos del Renacimiento, pero sería necedad; pero, no se les puede perdonar que hayan transgredido una regla milenaria que tenía su razón de ser, y que, con respecto a la decoración mural, debe subsistir. En efecto: no sólo la decoración mural es *una arquitectura*, sino que la pintura que se haga sobre el muro, es *aun algo el muro*. De aquí que la decoración mural deba ser no sólo *plástica*, sino también, hasta cierto punto, *geométrica*.

El carácter de perennidad de un muro, debe conservarlo la pintura, ya que entra en íntimo matrimonio con él. Y, por esto, su acento debe ser más bien grave y sereno, y no grotesco, expresionista, o dinámico, con abuso de curvas y de relieves. Pero, contra estas razones, nos salen con Tiepolo o Tintoretto, con Rafael o Miguel Ángel. ¿Y porqué, esos? Por una sola razón: porque todos esos, golpean al espectador, en un sentido humano realista, única fibra que puede vibrar de esas gentes; y, además... porque así se lo enseñaron en la infancia. *Timeo hominem unius libri*. Temo al hombre de un solo libro; que yo no quiero tomar en el sentido que quiso darle el Santo de Aquino, sino éste otro: que hay que temer al hombre cerrado en un solo pensamiento, terco o intransigente, pues su cabeza no tiene puertas ni ventanitas ni otro agujero por el que pueda entrar una razón.

Tratando de esos ejemplos que ponen, dije: ¿porqué esos y no otros? Pues al tratar de darlos, creo que deben darse los mejores. ¿No se habla de pintura de muro? Pues sacar los que más lo respeten. ¿Y una pintura mural, ha de estar de acuerdo con la arquitectura del edificio que se decora, o no? Yo creo, que sin ver el recinto que se ha de decorar nada debe de hacer el pintor, por que una decoración no ha de ser nada añadido sino, por el contrario, algo que emana de él. Pero, tales perfiles no son

para esa gente. Ya sabemos para que van y se mueven. Además, no saben.

Un renacentista y por coloso que sea, no es un hombre de norma, puesto que la rompe. Pero estos del solo libro, dicen: ¿Libertad, libertad, Orientales!», Bien; estamos de acuerdo. Pero, si no se respeta la de los demás...? He ahí la norma. Sólo la regla abstracta pone las cosas en su punto.

Y ahora, para finalizar, a *cierto público*: que no haga coro con todos esos; que no se ciente, que escuche, que piense, y que mire, antes de juzgar. Pues ya molesta su intransigencia.

Más, en contrapeso de tal numerosísima familia, y para suerte, *hay la excepción*; la cual, de día en día es más numerosa. Excepción en el público y en los artistas; y esto es lo mejor. Y se comprende que así sea; porque, no mediando ningún interés, y sí sólo el del arte, al enunciar nuevas ideas, si estas son ajustadas a la verdad de las cosas, a menos que sea por incapacidad, han de aceptarse. Y si el artista eleva su tono, también el público que le sigue. Y esto no sólo en las artes plásticas, pues no sube el nivel de la cultura unilateralmente. Y esto enterrará a lo otro. Y así, por querer ser más listos, los que quisieron mantener una posición tardía, por cobardía o interés mezquino, tendrán que ser forzosamente ahogados por los otros.

Esto es tan cierto, que puede, que en previsión de lo que pueda ocurrir, haya quienes tomen nuevas posiciones. Más no les valdrá la treta: tienen un historial artístico demasiado pobre, para que convengan a nadie. Ya de momento tienen que inspirar compasión.

Las divinas ideas trabajan. Y si en la mente de las gentes ya hay otros conceptos ¿quien va a detener esta evolución? Y hay indicios aun de cosas mejores; que, si bastantes artistas, —los más jóvenes sobre todo—, no trabajan más que para su arte, sin interés alguno por el resto, por otra parte, el público, ya no es platónico; no se satisface sólo con visitar las exposiciones interesantes, sino que, llevado de su verdadera afición, adquiere obras y va formando su colección. Y esto tenía que venir; es lógico; porque en realidad, no existía aun una verdadera cultura artística. Y a no tardar, tendrá que venir una revisión de valores: desplazamiento de obras mediocres, por otras de calidad. Y ya no se verá la incongruencia de ver entremezcladas, obras de creación, jóvenes y fuertes y estéticamente bien entendidas, con otras de baja calidad, en misera rutina.

J. Torres-García.

Julio 28 de 1947.



Pintura Constructiva Bizantina



Pintura Constructiva Bizantina

EL HOMBRE TORRES GARCÍA

El hombre, en lo profundo, siempre inventa; y la historia es la gran leyenda que la humanidad realiza a través del tiempo.

Y los hombres de ciencia, los negociantes, los aventureros, los artistas, los guerreros, los filósofos, los obreros, los campesinos y los religiosos, el Héroe y el Desconocido de la Casa Vecina, todos ellos son personajes de la magnífica tragedia que, cuando llegue la noche, habrá cumplido perfectamente con las reglas del arte: todo habrá sucedido en un lugar y con una sola acción aguda atravesando un momento redondo del tiempo.

Ahora sigamos los pasos con que el hombre Torres-García se mueve en la escena.

El hombre Torres-García, es el personaje de la obra sin autor, del gesto incarnal, de la palabra sin lengua.

Es así que una mano del hombre Torres-García, no es mano, sino serie de innumerables gestos que dejan dibujos eternos en el aire.

Es así que la lengua del hombre Torres-García, se convirtió en palabra que vive, y, su propia inteligencia, en edificio en llamas de ideas.

Es así que el hombre Torres-García, no es un hombre, sino poesía que anda, estructura que sienta.

Torres-García, tiene al hombre como tiene a un cuadro, y su vida es una de sus construcciones más puras y más llenas de misterio.

El hombre Torres-García, tiene muchos puntos de contacto con otro personaje, Sócrates, que, hace mucho tiempo, abandonó la escena mirándose en un espejo de cicuta.

Uno y otro, atraerán por siempre las encendidas sombras de la juventud, y provocarán los odios de la vejez envejecida, malintencionada, sórdida e ignorante.

Uno y otro, son paradójicos solitarios, siempre ansiosos de hacer sonar el alma de cuantos se ponen al alcance de su inflexible tiranía amorosa por la verdad, y siempre guardándose la última ruta, por donde llega el Dios que les cuenta la leyenda de la realidad distante del teatro, con palabras irrespirables para la razón.

Uno y otro, poseen una milagrosa continuidad entre la obra y la vida, hasta tal punto, que entre tantos hechos, no podemos descubrir el que hace y no es hecho.

La vida del hombre Torres-García, está entonada con el espíritu de su obra, como la vida de Sócrates, está eslabonada a la cadena de sus razones.

Este es sólo un mínimo aspecto del magnífico papel que el hombre Torres-García, realiza en la gran tragedia del Hombre.

Tragedia de la que no me inquietan principio ni fin, y ni siquiera el autor, sino tan sólo el más terrible de sus personajes, el que pesa por la presencia de su falta, el solitario y misterioso espectador, que invivible en la sombra, sigue sin emociones las maravillosas alternativas de la acción.

Quizá es su nombre lo que guardaba Sócrates, lo que guarda Torres-García y aquellos pocos héroes con los que el Dios camina y habla.

Guido Castillo.

Dos aspectos del Salón del Ateneo de Montevideo



en la 38a. Exposición del Taller Torres García

SOBRE MÍSTICA DE LA PINTURA

Reproducimos con agrado el juicio que ha merecido al crítico literario del diario «El Plata» (A. B. L.) por creer que desborda los límites de la crítica elogiosa y vano a que estamos habituados en nuestro medio literario-artístico, y sin negar que existan otras excepciones, aunque todavía raras. La llega por pasar altura, es ya bastante apasionado, aunque, por desgracia, los que van quedando atrás, persisten en su estúpida, loca suicida.

Creemos que no estamos usando de expresiones excesivas, mientras sostenemos que, con J. Torres García, el Uruguay ha llegado a significar algo así como una nueva capital del Arte.

El maestro uruguayo marca rumbos que señalan un gran período, el que reclama para sí la categoría de una etapa nueva del Arte, dicho esto, en toda su mejor extensión. Así, mientras meditamos sobre la materia que se abarca en este breve cuaderno, volvemos a saber que la sinceridad de su palabra está apoyada por una muy seria concepción de las cosas del Arte, y concretamente, en cuanto atañe a la Pintura. El objeto de su enseñanza, cobra para cada nuevo momento, ese tono de vida, que está siempre en devenir.

Porque Torres García está en una invariable posición ética donde se encuentran las máximas posibilidades de renovación; y todo lo que él nos entrega es ya posibilidad en sí; y sus advertencias son claras, irreducibles, rotundas.

Es palabra que clama a lo eterno, en nombre de una totalidad con su misterio, y en un orden de la belleza. Exposición esta última que en él, logra un sentido y un valor; sentido y valor que no tienen por que coincidir con los que la sensibilidad o los criterios movelzlos le han asignado, a través de las distintas etapas también movelzlos, de la Historia del Arte, y con respecto de los mismos, nosotros tenemos que respetar sus reservas, ya que son producto de una experiencia, profundamente cumplida, a lo largo de la cual Joaquín Torres García ha tenido que sacrificar muchas cosas; ha tenido que aventar prejuicios; y se ha jugado solo, aún sabiendo que podría perder la simpatía de los grandes públicos. Y en esa actitud renovada y vigilante lo encontramos en cualquier momento de ese tránsito luminoso, que es su vida, y desde ahí propone términos nuevos pero de tal modo, que abarcan las cosas, en su faz inominada; desde ahí se le ofrecen esos modos de andar sobre las definiciones, que la autorizan a revisarlas, restaurarlas o desaprobadas. Y la pintura vuelve a ser cosa que sólo se explica por sí misma, porque es en sí algo que sólo se representa a sí mismo; porque desconoce la sumisión a otro destino que no sea el fin, en el que estarían, realidad, esencia y en su, con propósitos de eternidad, verdad musical y honda, porque es eso, y no otra cosa; verdad que no requiere ser demostrada; habita en el espíritu. Para J. García Torres, entrar a cualquiera cuestión de arte, es ya disentir en términos de eternidad. Hay una facultad que ordena, fiscaliza y somete todo el caudal de su experiencia exactamente original, que lo somete todo, repetimos, a un destino de perdurabilidad, como es el que reclama todo lo suyo y ya sabemos que no es con frases consagradas por una vana literatura, como se ha de lograr derecho y razón para abordar cosa tan seria como significa la enseñanza de Torres García. Enseñanza que se prolonga, se enriquece y se agiganta, partiendo de sus obras escritas, y se sostiene de modo inigualado en una cualquiera de sus disertaciones de clase. Es ya palabra demasiado respetable; de largo alcance. Por su vocabulario anda todo ese viejo misterio, que nos transmiten, de modo siempre nuevo, los grandes creadores, de todos los tiempos, y que nosotros, sólo pedimos oír, si nos colocamos en posición de amistad interna, de muy cuidadoso reconocimiento, ante la majestad de un mundo que queremos resucitar.

de Juan de Mairena

KANT Y VELAZQUEZ

Es evidente, decía mi maestro —Mairena— endosaba siempre a su maestro la responsabilidad de toda evidencia— que si Kant hubiera sido pintor, habría pintado algo muy semejante a Las Meninas, y que una reflexión juiciosa sobre el famoso cuadro del gran sevillano nos lleva a la Crítica de la pura razón, la obra clásica y luminosa del maestro de Konigsberg. Cuando los franceses —añadía— tuvieron a Descartes, tuvimos nosotros —y aun se dirá que no entramos con pie firme en la edad moderna— nada menos que un pintor kantiano, sin la menor desmesura romántica. Esto es mucho decir. No nos estrepitemos, sin embargo, que otras comparaciones más extravagantes se han hecho —Marx y el Cristo, etc.— que a nadie asombran. Además, y por fortuna para nuestro posible mentir de las estrellas, ni Kant fué pintor ni Velázquez filósofo.

Convengamos en que, efectivamente, nuestro Velázquez, tan poco enamorado de las formas sensibles, a juzgar por su indiferencia ante la belleza de los modelos, apenas si tiene otra estética que la estética trascendental kantiana. Buscalle otra y seguramente no la encontraremos. Su realismo, nada naturalista quiero decir nada

propenso a revolcarse alegremente en el estercolero de lo real, es el de un hombre que se tragó la metafísica y que, con ella en el vientre, nos dice: la pintura existe, como decía Kant; ahí está la ciencia fisicomatemática, un hecho ingente que no admite duda. De hoy más, la pintura es llevar al lienzo esos cuerpos tales como los construye el espíritu, con la materia cromática y luminica en la jaula encantada del espacio y del tiempo. Y todo eso —claro está— lo dice con el pincel.

He aquí el secreto de la serena grandeza de Velázquez. El pinta por todos y para todos; sus cuadros no solo son pinturas, sino la pintura. Cuando se habla de él, no siempre con el asombro que merece, se le reprocha más o menos embodazando su impasible objetividad. Y hasta se alude con esta palabra —¡qué gracioso!— al objetivo de la máquina fotográfica. Se olvida —decía mi maestro— que la objetividad, en cualquier sentido que se tome, es el milagro que obra el espíritu humano, y que aunque de ella gocemos todos, el tomarla en vilo para dejarla en un lienzo o en una piedra es siempre hazaña de gigantes.

Antonio Machado.

ya apareció el fascículo 1º de Lo Aparente y lo Concreto en el Arte

de J. TORRES GARCÍA

Estos fascículos reunirán el texto de las lecciones dictadas por J. Torres García en la Facultad de Humanidades y Ciencias de Montevideo, durante el año 1947.